

La crítica literaria como ejercicio diletante

Disidencias. Trece ensayos para una arqueología del conocimiento en la literatura latinoamericana del siglo xx

ALEJANDRA JARAMILLO MORALES
Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 2013, 326 pp.

ESTE ES un libro que engaña en la primera mirada. Tapa dura, sobrecubierta morada, guardas en rigor, encuadernación con cosido manual, título de la colección rimbombante (Obra Selecta), solapas con información sugestiva (la autora tiene un doctorado en Estados Unidos, es profesora de la Universidad Nacional y ha ganado varias becas; el editor garantiza que las obras de este sello han superado “exigentes evaluaciones académicas”), tabla de contenido con títulos que incluyen los nombres de una decena de los gurús de la literatura latinoamericana... En fin. Aparentemente todos los requisitos para que el lector especializado halle una obra de valor crítico relevante.

Pero basta leer las primeras páginas para sentir una decepción inmediata.

Empecemos por el título: *disidencia*. “Discrepancia, inconformidad, diferencia”, dicen los diccionarios. De acuerdo con ello, la profesora Jaramillo buscaría distanciarse de tópicos al uso sobre el modo como se ha leído el canon literario latinoamericano. Pero léidos los trece ensayos —labor fatigosa, si la hubo— podemos decir que las tesis sostenidas son convencionales y algunas, francamente, carecen de alguna originalidad. ¿A quién se enfrenta?, ¿qué juicios no le parecen correctos en la interpretación de la literatura latinoamericana?, ¿qué quiere elucidar de otro modo? Los ocasionales enfrentamientos con Ángel Rama o con Rafael Gutiérrez Girardot —a quien no menciona explícitamente— no son desarrollados.

Lanza al vuelo juicios accidentales como:

Si algo marca al *boom*, entendido como un grupo extenso de escritores y escritoras, es la transformación que viene dándose a lo largo del siglo,

el paso de un realismo atado a esa épica nacional y objetiva, hacia una literatura subjetiva y ambigua. (p. 175)

Pero no aclara qué entiende por “realismo atado a una épica nacional” y cómo este se transformó en “una literatura subjetiva y ambigua”. Estas son *bouades* de clase universitaria de tres de la tarde en medio del calor tropical.

Si no hay polémica, ¿cómo habrá disidencia? La profesora Jaramillo, en general, sigue posturas de lo que se conoce como *estudios culturales*, pero hoy no se nos ocurriría llamar a este un método heterodoxo de interpretación de la literatura. De hecho, los verdaderos disidentes —Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Ángel Rama, Rafael Gutiérrez Girardot— son confinados al ostracismo editorial y a su discusión pública. Hoy los estudios culturales se han *tomado* —la palabra es literal— la gran mayoría de los departamentos de literatura en América Latina y dictaminan su orientación teórica. Es suficiente con ver un currículo universitario para comprobarlo.

La disidencia que pretende cultivar la autora no se configura, además, porque el género escogido para su “arqueología” de la literatura latinoamericana del siglo xx es un tipo de ensayo problemático, que en nuestro medio defendió Jaime Alberto Vélez. Para él, un ensayo era una disertación “entre la ciencia y la opinión, entre el rigor lógico y la literatura, entre la belleza y la verdad” (*El ensayo. Entre la aventura y el orden*, 2000, p. 43). La profesora Jaramillo seguiría estos presupuestos. En esta línea, un ensayo es un flirteo con las ideas, en el que, como es de esperar, el yo acaba exhibiéndose en un vagabundeo narcisista que agota rápidamente al lector sin dejar huella de encontrar una teoría meditada.

En los textos de Jaramillo no hay exposición de problemas o ideas sólidas, sino una singular visita a autores, de Sábato a Piglia, en la cual lo que le interesa es dejar un testimonio de su lectura personal y de sus descubrimientos *monologales*. A ella no le interesa lo que dicen los textos literarios —lo que problematizan—, sino el eco que dejan en su sensibilidad, que como insiste varias veces “navega” entre la reflexión y la creación. Tuve la fuerte

impresión, mientras los leía, de que sus ensayos son, en verdad, o notas de clase para sus estudiantes de pregrado o *papers* habituales en un doctorado, pero no trabajos orgánicos con el rigor suficiente para ser publicados con la pomposidad descrita al comienzo de esta reseña. Es erróneo —como ella lo quiere hacer creer— que sean producto de investigaciones académicas rigurosas y lo prueba el hecho de que estos trabajos no han tenido eco particular en la comunidad académica.

Quisiera ser preciso y probar lo anterior con la esquematización que he hecho de uno de sus ensayos, “*Cien años de soledad: una novela inteligente*” (pp. 147-161).

1. Título provocador: ¿qué es una “novela inteligente”?

2. Reflexión inicial que exige relectura:

Todo acto de escritura alberga una infinidad de lecturas, imágenes, lugares, seres, amores, sueños y libros que se despliegan una y otra vez cuando un ser que escribe toma esa abrumadora determinación de intentar develar el universo a través de sus palabras, aunque sabe que su deseo es a la vez único y arquetípico.

3. Concepto lanzado al vacío: la colombiana es “una literatura que se cierra cada vez más a sí misma”.

4. Inserción de una anécdota personal: “En ese Caribe, yo misma me vi escribiendo, en un corto exilio voluntario (...)”.

5. Recepción personal de la obra leída: “Además, vivo y he vivido mis encuentros permanentes con la obra de ese magnífico escritor colombiano desde el asombro, la emoción y una constante actitud crítica (...)”.

6. “Derechazo” al autor: “Yo por mi parte he vivido una discusión eterna con mi marido pues él no puede entender cómo es posible separar lo uno de lo otro”. Se refiere a las posiciones políticas procubanas de García Márquez frente a la calidad libertaria de su obra.

7. Nueva impresión personal: “No es del tipo de novela que me gusta, ni de las que siento que se nutre mi concepción más fuerte de la escritura”.

8. Vaguedades sobre la obra leída: “*Cien años de soledad* es una novela de muchos registros. Sabemos que

ENSAYO		RESEÑAS
<p>desbordó cualquier plan de mercadeo editorial (...). Sus ventas se basaron en el voz a voz”.</p> <p>9. Crítica poscolonial: “El mundo europeo y norteamericano por mucho tiempo le ha pedido a la literatura latinoamericana que participe en ese modelo literario que le sirve para confirmar sus propios estereotipos de la realidad latinoamericana”.</p> <p>10. Karatazo a un crítico con el que está en desacuerdo: “Me parece que en vez de reivindicar esa cultura que propone Ángel Rama, <i>Cien años de soledad</i> hace del mundo letrado un espacio apocalíptico de pérdida de sentido”.</p> <p>11. Exposición, ¡al fin!, de la “tesis”: <i>Cien años de soledad</i> “tiene una diversidad de conocimientos que la hacen una novela abierta a muchas lecturas”.</p> <p>Pregunto sin mala intención: ¿es aceptable que un crítico literario se gaste cerca de 7.000 palabras (¡siete mil!), 14 páginas, para probar una tesis tan peregrina?</p> <p>Quisiera responsabilizar de este fracaso no solo a la autora, sino a la dirección editorial de la Universidad Nacional, pues es evidente que el volumen no tuvo un par académico que lo evaluara, ni un editor que fijara procedimientos para establecer qué se publicaba y qué no. Varios de los ensayos requerían tijera, reorganización textual y mayor rigor en la exposición de los argumentos. Tijera para atenuar el sentimentalismo y la exposición yoica (las dos páginas de agradecimientos en las que aparece su familia hasta la tercera generación) y los juicios apodícticos, así como exigir el desarrollo de puntos de vista expuestos de forma parcial:</p> <p>Creo que <i>Los detectives salvajes</i> es una novela que muestra de manera muy interesante ese cambio cultural ocurrido entre la década de 1970 y 1990, la caída de los sueños y el surgimiento abrumador del desencanto como lugar de emanación de la literatura. (p. 242)</p> <p>Pero igualmente el editor —o al menos un corrector ortotipográfico— debió revisar el archivo en PDF, antes de enviarlo a impresión, para llamarle la atención a la profesora Jaramillo y corregir lo siguiente:</p> <p>“Barcos que venían desde Nueva Orleans hasta surcar el Magdalena”</p>	<p>(p. 147). ¿Cómo así que un barco pasa de un río de los Estados Unidos a un río colombiano? ¿Será que la autora confundió un río con el mar?</p> <p>“El Salvador, por ejemplo, es un país cuyo producto interno bruto principal está constituido por las remesas”. He revisado la página web del Ministerio de Economía de El Salvador y allí no aparece constatada la información de las remesas.</p> <p>Últimas anotaciones: la citación no es uniforme (la autora mezcla indiscriminadamente APA, Icontec y MLA); los hipervínculos son referenciados de forma imprecisa (ver p. 248); el aparatoso párrafo final del libro debió suprimirse. También hay obras en inglés que ya fueron traducidas al español (por ejemplo, <i>La maravillosa vida breve de Óscar Wao</i>, novela de Junot Díaz). Y la bibliografía amedrentadora de 16 páginas demuestra más la sobreexposición buscada por la profesora Jaramillo, que dar cuenta del estado del arte de una comunidad académica.</p> <p>Es incorrecto prolongar más esta reseña, pues el espacio del <i>Boletín Cultural y Bibliográfico</i> del Banco de la República está para celebrar la creatividad y la innovación intelectual colombiana, no sus regresiones.</p> <p>Quisiera cerrar citando, en homenaje al profesor Rafael Gutiérrez Girardot (sin duda uno de los más relevantes intelectuales colombianos del siglo xx, y quien está próximo a cumplir 13 años de fallecido), su idea del valor de la crítica literaria:</p> <p>La interpretación de una obra exige una visión desprevenida, que va formando sus apoyos en el curso de la lectura y que deben ser adecuados en el sentido de que requieren el establecimiento de referencias científicas para precisar su significación. La lectura que da la palabra al texto va formando su haz de referencias (a la sociología, a la filosofía, a la religión, a la ciencia política, al derecho, etc.), pero el entretrejo de esas referencias tiene que tener en cuenta esta realidad: “la crítica literaria es literatura sobre la literatura”. (<i>Heterodoxias</i>, 2004, p. 12)</p> <p style="text-align: right;">Carlos Sánchez Lozano</p>	